

## CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que, todo lo que dél se quitaba, era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río, Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temia. Sucedió, pues, que otro dia, al poner del sol, y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora, sobre un palafren ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes, y con un sillón de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia trasformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así, dijo á Sancho: "Corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafren y del azor, que yo, *El Caballero de los Leones*, beso las manos á su gran fermosura; y que, si su grandeza

me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada.—¡Hallado os le habeis el encajador! respondió Sancho: ¡á mí con eso! ¡sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida!—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder.—Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay qué decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.—Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote; ve en buena hora, y Dios te guie.” Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba; y, apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: “Hermosa señora: aquel caballero que allí se parece, llamado *El Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa *Sancho Panza*: este tal caballero de los Leones, que no há mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia para que, con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y hermosura; que, en dársela vuestra señoría, hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo; que, escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.” Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas, de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el caballero de la Triste Figura; y que, si no le habia llamado el *de los Leones*, debia de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aun no se sabe): “Decidme, hermano escudero: este vuestro señor, ¿no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, que tiene por señora de su alma á una tal *Dulcinea del Toboso*?—El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo, que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman *Sancho Panza*, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.—De todo eso, me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera.” Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le

habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha hermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual, haciendo llamar al duque, su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leído la *Primera Parte* desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto, llegó Don Quijote, alzada la visera; y, dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que, al apearse del rucio, se le asió un pié en una sogá del albarda, de tal modo, que no fué posible desenredarle; antes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la corma. El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote, maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera; antes, apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: “Á mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, ¡que Dios maldiga! mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.—¡Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha! dijo el duque; que, adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras hermosuras.” Ya estaba, á esta sazón, libre Sancho Panza del lazo; y, hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo: “No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa se levanta la liebre; que yo he oido decir, que esto que llaman *naturaleza* es como un alcázar que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso,